

IDENTIDAD LATINA
E INTEGRACION SUDAMERICANA

Cristián Parker Gumucio¹

¹ Doctor en Sociología, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, idea@usach.cl

1. INTRODUCCIÓN: UNA RAÍZ HISTÓRICA COMÚN.

En torno al año 2010 se cumple el Bicentenario de vida independiente de varios países de América del Sur. Será esa una ocasión propicia para hacer un alto en el camino y revisar con perspectiva histórica lo que han sido los proyectos nacionales y los esfuerzos de integración latinoamericanos que han jalonado su evolución durante estos dos centenios. Por consiguiente, el estudio acerca de las condiciones y características bajo las cuales se han ido elaborando “proyectos identitarios” resulta pertinente y adecuado, en la medida en que la cultura aparece, en el marco de los procesos de globalización, como un factor cada vez más relevante en el quehacer histórico y político de nuestros países.

A nadie escapa el hecho de que los países sudamericanos son – con la excepción de las Guyanas y Surinam – herederos de tradiciones histórico-culturales insertos en el área de las culturas y tradiciones latinas². El aporte europeo – principalmente ibérico – en estas naciones se ha combinado de manera compleja con los aportes indoamericanos – particularmente en Los Andes - y con aportes de otros continentes, especialmente africanos – prioritariamente en Brasil y las costas nordatlánticas de Sudamérica. A decir verdad no existe un sentido de identidad sudamericano marcado. Más bien el sentido de identidad de los sudamericanos se inscribe en un concepto más amplio que tiene raíces histórico-culturales comunes y que abarca a países que están más allá de las fronteras del subcontinente: Latinoamérica.

Latino América resulta un apelativo no siempre unívoco y preciso y hay toda una tradición crítica acerca de “los cien nombres de América” (Rojas Mix, 1991). Con todo, es claro que la historia de los países conquistados por las coronas españolas y portuguesas reciben una impronta que proviene desde las culturas coloniales dominantes y que se hunde en la cultura occidental y cristiana y, en especial, en la cultura de la Europa latina y mediterránea. Estos rasgos culturales se han ido combinando con otros aportes histórico-culturales y le han dado una fisonomía propia. Es precisamente esta característica especial de una cultura donde el mestizaje etno-cultural ha sido un rasgo fundante de las culturas de los pueblos latinoamericanos, lo que ha llevado a autores norteamericanos tan influyentes como Samuel. Huntington a hablar de un subcontinente que no es clasificado como “occidental” en sentido pleno (Huntington 1993;1996).³ Y, en efecto, a diferencia de lo

² Aparte de Guyana que es república independiente habiendo sido colonia inglesa y Surinam república independiente que fue colonia holandesa, el caso de Guyana francesa es especial porque es un Departamento de ultramar de Francia y por tanto una región periférica de la Unión Europea enclavada en Sudamérica. Su cultura recibe fuerte influencia latina, por Francia, pero no forma parte de América Latina. Es importante anotar que tanto Guyana como Surinam integran la Comunidad Sudamericana de Naciones ahora conocida como UNASUR.

³ Como es sabido, Huntington desarrolla la controvertida y rebatida tesis de que las identidades culturales y religiosas de los pueblos serán la fuente primaria de conflictos en el mundo post-Guerra fría. En términos generales el mayor conflicto se dará entre la cultura occidental y la cultura islámica aliada de la emergente cultura china. En este contexto de confrontación el autor afirma que puede considerarse a Latino América como parte de occidente pero no enteramente dada su distintiva cultura y política que difieren con Europa y Norte América. (Huntington 1993 y 1996).

que plantean autores latinoamericanos eurocéntricos, como Jorge Larraín (1996)⁴, la cultura latinoamericana no puede confundirse con la cultura de la modernidad ilustrada y europea y, en cambio, muy por el contrario hay que entenderla, en su diversidad, como una cultura que comparte varios rasgos con la latinidad europea pero que tiene una matriz histórico-cultural distinta generada y alojada en los procesos históricos de colonización y de luchas por la libertad. Esos procesos, desde el siglo XIX en adelante, la llevan a conformar cada vez con más nitidez, una cultura independiente que, en ciertos aspectos, comparte con occidente valores, tradiciones y rasgos culturales y que, en otros aspectos, momentos, procesos y códigos afirma rasgos de identidad propios que no son occidentales, ni Europeos, ni nortatlánticos y mucho menos anglosajones.

Entonces es posible afirmar que si bien no es válido hablar de que estamos en presencia de una simple prolongación de la “cultura occidental”, al menos hay elementos de unidad e identificación que permiten trascender fronteras nacionales y particularismos culturales todo lo cual nos autoriza a referirnos conceptualmente a “una cultura latinoamericana”, como si por la vía de los conceptos fuese posible, como de hecho lo es, abstraerse de la multiforme pluralidad de culturas, subculturas y rasgos que se encuentran esparcidos en las geografías y territorios, vecinales, locales, nacionales, y/o regionales del subcontinente.

Un factor aglutinante de la identidad temprana de las colonias que buscaban la independencia de la metrópoli ibérica estuvo constituido por una voluntad independentista y por la crítica al colonialismo hispano. La lucha por la libertad de los americanos fue, como sabemos un proceso diverso, pero en la América del Sur siguió un ciclo más menos identificable que abarca desde 1809 con la rebelión de Chuquisaca (Bolivia) hasta 1824 con la batalla de Ayacucho (Perú). Los libertadores prominentes fueron Simón Bolívar y José de San Martín que encabezaron la rebelión y los ejércitos patriotas, el primero desde el norte y el otro desde el sur, confluyendo finalmente en el Perú, sede del Virreinato más poderoso y por ello centro del poder colonial español. Como es sabido los ideales de integración continental en estos dos grandes líderes, presente también en varios otros patriotas como Miranda, Sucre, O’Higgins, Artigas, imaginaban la posibilidad de una gran patria americana para los hispanoamericanos.

Estos ideales no estaban exentos de dificultades, desde el inicio, debido principalmente a los intereses de grupos contrapuestos a nivel de las nacientes oligarquías criollas en casi todas las nuevas repúblicas. Así lo testimonia, en forma paradigmática, la famosa entrevista entre Bolívar y San Martín en Guayaquil en 1822, cuando en vez de asentar una estrategia

⁴ En su ensayo de 1996, Jorge Larraín desarrolla la discutida tesis de que la cultura latinoamericana tiene mucho más en común con la cultura europea ilustrada que con cualquier otro aporte cultural, lo cual, afirma ese autor, se constata históricamente ya desde el siglo XIX. Sobre la polémica acerca del “eurocentrismo” de Larraín, ver C. Parker (1996b y 1996c). En su última obra Larraín (2005) es más cauto y reconoce que la identidad latinoamericana es distinta de la europea. Considera que no hay que temer a los efectos (reales o potenciales) nocivos de la globalización, puesto que un análisis “transformacionista” induce a abordar la problemática de la globalización sobre la base de sus procesos de reflexividad. Por ello, si bien critica al neoliberalismo, minimiza el impacto cultural negativo de la integración económica en América Latina.

de integración continental terminó consolidando las repúblicas independientes de la Gran Colombia de un lado (que se anexó Ecuador) y de Perú y Bolivia de otro.

De esta manera, rápidamente el ideario de integración sudamericano fue opacado por las luchas intestinas entre, unitarios y federalistas, conservadores y liberales y las anarquías locales que no se disiparon hasta avanzado el siglo XIX cuando la guerra contra España (Chile, Perú y Ecuador contra España en 1865-66) generó nuevamente un sentimiento anti-español.

Los Estados Unidos en América del Norte, cuya independencia temprana de Inglaterra, el 4 de julio de 1776, fue inspiración y ejemplo para las colonias hispanoamericanas, y contribuyó en un primer momento al sentimiento autonomista, rápidamente durante el siglo XIX, dejó sentir su voluntad expansionista. Primero la evidenció en Norteamérica con la compra de Luisiana en 1808 y cesión de Oregon en 1846⁵; la compra de Florida a España en 1819; la anexión de Texas en 1845 y la guerra contra México en 1846⁶. Hacia fines del siglo desembozadamente se mostró como el Imperio que era con grandes pretensiones hegemónicas en la guerra contra España (1898) por su ambición de Cuba y Puerto Rico. Por lo mismo, el propio concepto de “latino” adquirió una connotación fuertemente antinorteamericana, para contrarrestar al “monstruo”, ese Goliath que, al decir de Martí (1895) bien conocía sus entrañas por haber vivido en él⁷.

Estos rasgos histórico culturales que han marcado la vida y las tradiciones de las naciones y pueblos de Sudamérica nos permiten, entonces, hablar de factores de identificación y unidad simbólica que en el caso del “ser latino” puede constituir un basamento sólido que posibilite legitimidad cultural y sustente – junto a otros factores – la viabilidad a los proyectos integradores a inicios del siglo XXI.

Es este enunciado el fundamento de nuestra propuesta que analiza, desde un punto de vista transdisciplinario (sociología, historia y antropología), los componentes latinos de los sistemas identitarios de América del Sur y cómo ellos posibilitan y ofrecen una base para los procesos de integración intrarregional y con otras regiones.

La vigencia y actualidad de este planteamiento se justifica a la luz de la conformación en el año 2004 de la “Comunidad Sudamericana de Naciones”, proyecto que ya está en marcha sobre los pies de las experiencias previas de integración, especialmente del Mercado Común de Sur (MERCOSUR) y de la Comunidad Andina de Naciones (CAN).

⁵ En 1803, Jefferson, negocia la compra de Luisiana al emperador de Francia, Napoleón. Este convenio casi duplicó la superficie territorial de Estados Unidos. Con esa compra se adquirieron: Louisiana, Arkansas, Oklahoma, Kansas, Missouri, Colorado, Nebraska, Iowa, Dakota del Norte, Dakota del Sur, Minnesota, Wyoming, y Montana. En 1846 la parte sur del territorio de Oregon que era dominio británico (constituida por Washington, Idaho y Oregon, con algunas porciones de Montana y Wyoming) pasó a formar parte de Estados Unidos.

⁶ Que le reportó California, Arizona, Nevada, Utah, Nuevo México y Colorado.

⁷ Dice Martí (1895) refiriéndose a la voluntad anexionista de EEUU: “Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David”.

2. SOBRE LA DINAMICA DE LA IDENTIDAD CULTURAL.

Para comprender cómo es que la identidad “latina” puede ser uno de los pilares del proceso de integración sudamericano conocido como Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR)⁸ debemos comprender que se requiere de un enfoque histórico y dinámico de los procesos identitarios. Las identidades histórico-culturales son elementos de fijación simbólica de un conjunto de representaciones colectivas, que no pueden, ni deben, ser comprendidas en forma esencialista o como fijaciones estanco y permanentes: las identidades se construyen socialmente, se generan, desarrollan, negocian, modifican y sobreviven y/o mueren en procesos dinámicos en que la interacción de los actores sociales adquiere múltiples vías en el proceso histórico (Parker, 2005^a y 2006). Cuando las identidades se rigidizan y se defienden de manera fundamentalista la dinámica se torna confrontacional y no existe posibilidad alguna de integración. Todo proceso de integración requiere del reconocimiento que las identidades son factores culturales dinámicos.

Entendemos que la identidad se manifiesta en el plano del discurso y surge como representación de un “nosotros colectivo” que posibilita, en un proceso dialógico, la construcción de la autoidentificación (identidad propiamente tal) en oposición semántica con el Otro (alteridad) en el marco de un contexto (totalidad) cultural e histórico.

La identidad es una definición en tensión entre el ser y el deber ser: nunca se verifica plenamente en tanto conlleva trazos de idealización etnocéntricos, pero tampoco permanece como concepto límite irrealizado en tanto moviliza y se transforma en praxis y en política. La identidad es un recurso fundamental para la existencia de un mínimo vital de mantención de la organización, solidaridad e integración cultural de un grupo determinado (Sorokin, 1962:602-607). Dado que la identidad es siempre un proceso histórico en curso (no es esencia inmanente), no es unívoca ni estática y admite múltiples configuraciones. La identidad sociocultural es dialéctica y por cierto no tiene que ver con el principio lógico de la identidad metafísica. Ella es dinámica y está sometida a tensiones y conflictos (Parker, 2006). Su preservación es un proceso difícil y complejo y no está garantizado sino por el dinamismo inmanente y la tensión entre coyunturas y procesos de larga duración que en cada caso deben ser estudiados.

Es posible distinguir una identidad histórico-cultural factual que es la que opera en forma, más o menos implícita, en los códigos del sentido común de los grupos socioculturales en una época determinada y una identidad sistemática e intelectual, que es propia del discurso y el debate de los intelectuales que constituyen la vanguardia cultural de una época (Goldmann, 1978).

⁸ En la Cumbre Energética Suramericana de Porlamar (Venezuela), el 17 de abril de 2007, los mandatarios acordaron que Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) sería el nombre oficial del mecanismo de integración regional, que tiene una secretaría ejecutiva permanente cuya sede está en Quito.

Toda identidad se construye sobre la diferencia y se define sobre relaciones entre culturas. Los pueblos que pertenecen a una misma cultura viven su identificación común en forma evidente pero la consciencia de los códigos comunes se logra cuando su propia cultura se ve exteriorizada, esto es, objetivada por la comparación y/o confrontación con otras. Toda conformación de identidad se da siempre – en forma reconocida o no – en contextos de interculturalidad (Salas 2003). Esta interculturalidad implica oposición, diálogo y/o formas diversas de dominación cultural ya que siempre entre las culturas (de regiones, clases, naciones, etnias, grupos, géneros, religiones) median relaciones de poder que generalmente son inequitativas.

Por lo mismo ciertas coyunturas históricas que evidencian la confrontación bajo la forma de dominación, colonialismo, neocolonialismo, imperialismo o hegemonismo y las variadas formas de resistencia o voluntad emancipatoria son privilegiadas para el estudio de las configuraciones de sistemas de identidad.

El carácter único de las relaciones interculturales, el hecho de que se desarrollan en contextos de relaciones inequitativas de poder, implica que toda construcción de identidad tiene un componente ideológico (Hammond, 1999). El sistema de identidad no se reduce a la mera ideología pero la conlleva ya que al establecer identidades la práctica cultural construye, reproduce o subvierte un determinado orden sociohistórico.

Por ello como dice Hall (1990) hay dos tipos de identidad, la identidad que es (que ofrece un sentido de unidad y comunalidad) y la identidad del llegar a ser (o proceso de identificación que muestra la discontinuidad en nuestra formación identitaria).

En términos histórico-sociales no es posible hablar de “identidad” a secas refiriéndose a un continente, a una región o a una nación – ni siquiera en términos de “ideal tipo” a la manera weberiana. Son muchos los factores que intervienen y la complejidad de la dinámica es tal que todo reduccionismo se torna ideológico. Por lo mismo proponemos aquí fundamentar una concepción dialógica, dinámica y compleja del factor identitario. Puede entenderse la cuestión de la identidad como “sistema cultural” (Geertz, 1986) procediendo a hablar de “sistemas identitarios” que funcionan sobre la base de núcleos de sentido sintéticos (identificables), múltiples (multi e interculturales) y dinámicos pero no necesariamente homogéneos (cf Margulis, 1997) y con estabilidades estructurales y no sustantivas ni esenciales que se desarrollan contextuados por el fenómeno del conflicto histórico - cultural.

En los contextos de globalización la identidad es puesta a prueba (Castells, 1999). Las crisis de identidad son el resultado, en cierta medida, de la distanciamiento espacio-tiempo que ha desenraizado las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción (Giddens, 2000). Por ello la problemática de la identidad se da en los tiempos actuales de manera radicalmente diversa a como fuese planteada en épocas anteriores.

3. SOBRE LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA DE AMERICA DEL SUR.

Es posible sostener que la identidad cultural mayoritaria de América del Sur se confunde, en cierto sentido, con la identidad latinoamericana y no es posible comprender este tipo de identidades histórico-culturales sino en el dinamismo de sus procesos históricos.

Ahora bien, la cuestión de la identidad no es nueva y como problemática se puede rastrear en la historia del pensamiento latinoamericano desde el “proto-tratamiento” (Devés, 2005) con las cartas de Colón, hasta el pensamiento de la CEPAL (Devés, 2000) y el debate contemporáneo (Devés, 2004). En todo caso la emergencia de una mayor preocupación de parte de los intelectuales por la temática no ha dejado nunca de estar jalonada por la tensión entre identidad y modernización (AAVV, 1997) y ahora se propone como temática pertinente para el análisis de las transformaciones de América latina y las perspectivas de la integración.

América Latina se caracteriza por ser un continente diverso culturalmente: la multiplicidad de culturas que la han habitado y que se han desarrollado históricamente en sus territorios se han representado, sin embargo bajo categorías de interpretación histórico- culturales más o menos coherentes que obedecen a períodos, tenencias y cristalización de proyectos diversos (Rojas-Mix, 1991): Nuevo Mundo, Hispanoamérica, Indo-América, Panamérica, Iberoamérica, Afroamérica, Nuestra América, Patria Grande, en fin, Latino-América. Cada una de esas categorías ha conjugado una cantidad de cuestiones vinculadas a problemas históricamente acotados y a debates que han tenido su correlato no sólo en la vida intelectual sino que también en la vida política y en las relaciones internacionales de la región.

La cuestión de la identidad en América Latina ha sido, pues, un tema recurrente (Zea, 1986). Ella se fue instalando “a partir de la colonización, del fenómeno racial del mestizaje como producto de blancos y amerindios, de la “otra” mirada del criollo frente al mundo europeo, a su herencia cultural, y sin duda, motivada por la influencia paulatina en el desarrollo de la conciencia continental sobre la modernidad” (De la Fuente, 2005).

Si históricamente, en el momento de la independencia, los ideales revolucionarios y bolivarianos enuncian el concepto de “hispanoamérica”, con el fuerte acento de revisión crítica del pasado hispánico colonial, con la influencia norteamericana se propone el ideal del “panamericanismo” frente a las pretensiones neocoloniales de España. Durante todo el siglo XIX se empleó la denominación de “Hispanoamérica” conservado el patronímico de “americano” para designar la identidad personal⁹.

Con José Martí, surge el concepto moderno de “América Latina” a pesar de que su concepto privilegiado fue el de “Nuestra América” (Martí, 1979), y de que mucho antes de que él lo empelara, ya en los años sesenta del siglo XIX, circulaba en forma corriente. Como recordaremos Martí hace un ferviente llamado a la unión tácita y urgente de los

⁹ Se conservó el patronímico de americano para todos los habitantes de América Latina hasta que EEUU se apropia de él con exclusividad en la primera Conferencia Panamericana de 1889-90.

pueblos de América del Sur y Central contra el predominio de su “vecino pujante y ambicioso”.

Se ha dicho que el concepto de “América Latina” fue inventado en Francia hacia la mitad del siglo XIX y más precisamente en 1861. Luego lo habrían hecho sus autores como Carlos Calvo y José María Torres Caicedo. Lo cierto es que el chileno Bilbao parece ser el primero que menciona en 1856, en una conferencia en París, el gentilicio de “latinoamericano” y emplea el concepto de “raza latinoamericana”. En todo caso, si bien el término pudo haber sido funcional a la justificación del imperialismo francés con la intervención de Napoleón III en México, (1863-1867), lo efectivo es que el concepto, como sentido de identidad, concentró su carga semántica en contraponerse a lo que Caicedo llamaba la “raza sajona” de América, es decir EEUU. Esto es, América latina no se le llama así porque se descienda de los latinos del Lacio o de pueblos europeos colonizados por Roma (aún cuando esos factores influyen), más bien se trata de un concepto con valor cultural y político. Es en el transcurso del debate y al calor de la dinámica histórica, que se va definiendo con mayor claridad “Latino América” como forma de reivindicar derechos propios frente al hegemonismo norteamericano.

Con todo, a fines del siglo XIX vuelve a reafirmarse el concepto de Hispanoamérica, porque tanto para liberales como para conservadores ese nombre es adecuado dado que describe una realidad y reconoce la participación de España en su formación. Pero olvidan los intelectuales de la Generación del 98 que América Latina como concepto no surgió para desconocer el aporte de España sino contra la América anglosajona y que en el siglo XIX, “el término verdaderamente cargado de animosidad contra la península era, precisamente, el de Hispanoamérica” (Rojas Mix, 1991:167).

El proceso de independencia tuvo como consecuencia el establecimiento de gobiernos republicanos pero también la fragmentación en variadas naciones. Hacia 1830 los territorios del continente que habían estado bajo la corona española quedaron divididos en once naciones. A principios del siglo XX con la independencia de Cuba y República Dominicana, la escisión de Colombia que originó Panamá, y la desintegración de Centro América se llega a dieciocho repúblicas. Por su parte la porción de América del Sur colonizada por la corona portuguesa mantiene la unidad bajo el Imperio de Pedro I que se independiza de Portugal en 1822. Sólo en 1889 una revuelta contra Pedro II instaura el régimen republicano en Brasil.

América del Sur de habla hispana, al igual que el resto de Hispano América, se desintegró pese a que tenía una historia común desde los procesos de conquista y colonización, un gobierno imperial común, y sus clases dirigentes y los sectores hispanizados de los otros estratos, compartían lengua y cultura. Por su parte, el Brasil siguió su curso como nación independiente con una historia que tenía sus trayectorias particulares, lo que ha repercutido en términos de un cierto paralelismo que, a pesar de los intentos de integración durante los últimos doscientos años, ha dividido la América del Sur en una región hispanoamericana y otra lusoamericana.

Iniciando el siglo XXI América Latina comprende 20 países independientes y un Estado asociado con EEUU (Puerto Rico). La América del Sur comprende 10 naciones

latinoamericanas, dos naciones no latinas y una dependencia francesa. Todas las repúblicas latinas sudamericanas han gozado de independencia por casi doscientos años. Aunque existe tal independencia, es innegable la herencia y el legado cultural del colonialismo ibérico al cual estuvieron sometidos estos países por cerca de tres siglos. La cultura de las naciones latinas independientes de América de Sur debe comprenderse, entonces, en el marco de la evolución, desarrollo y vicisitudes propias de la cultura latinoamericana, sin más.

Durante los años coloniales las instituciones, el idioma, la religión y el modo de vida predominante de la cultura oficial fueron traídos desde la Europa latina, especialmente ibérica, España y Portugal. Durante el siglo XIX las jóvenes repúblicas procuraron estructurar las naciones sobre la base de la ruptura con las tradiciones hispánicas basadas en principios jacobinos e ilustrados bajo la lectura criolla que se hiciera del legado de la revolución norteamericana y francesa. Con todo, en los hechos, lo que predominó fue un sistema que combinaba tanto tradiciones conservadoras hispánicas con aportes del liberalismo y positivismo y el librepensamiento, acentuados éstos últimos en la segunda mitad del siglo XIX. En Brasil los ideales republicanos llegaron más tardíamente hacia los últimos decenios del siglo XIX.

Las corrientes del humanismo laico, democrático y socialista han estado presentes de diversas maneras durante todo el siglo XX, atravesado, por lo demás, por los procesos sociales que impulsaron el ascenso de clases medias y populares, y con ellos de los diversos populismos característicos de la historia intelectual y política de América de Latina del Sur durante el siglo pasado. Los esfuerzos emancipadores se han traducido también en un pensamiento filosófico y teológico liberador (Schutte, 1993). En nuestra época de globalización la influencia de la modernidad neoliberal ha sido muy relevante.

4. SOBRE LA LATINIDAD DE LA CULTURA EN AMERICA LATINA. DEL SUR.

Si tomamos a la lengua como uno de los factores culturales de primer orden en la difusión y vigencia de pautas culturales tenemos que las principales lenguas romances habladas en América del Sur son el español y el portugués¹⁰. El portugués es el idioma hablado por el mayor número de sudamericanos, 186 millones, siendo la lengua romance más hablada por un 54% de los latino hablantes del subcontinente. Sin embargo no es menor la gravitación del español hablado en nueve países y por 160 millones de habitantes.

Si observamos el cuadro de uso de lenguas de origen latino en Sudamérica vemos que el porcentaje hablante en cada país es diverso y variado. En los países del cono sur como Argentina, Uruguay y Chile la influencia hispana se muestra en el empleo del castellano, aún cuando hay elementos lingüísticos que se entremezclan con influencias europeas e indoamericanas de diverso origen. Colombia y Venezuela también tienen un alto porcentaje de población de habla hispana. Brasil es el único país de habla portuguesa pero su dimensión y peso demográfico en la región hacen que resalte de manera decisiva. El

¹⁰ El francés de Guyana francesa es un caso excepcional en el contexto del continente.

cuadro se torna más completo cuando comparamos con los datos de composición étnica de la población respectiva.

Composición étnico-lingüística de países latinos de América del Sur (hacia 2005-2006)

	Población total	Porcentaje de población de habla latina (1)	Blancos	Mestizos (2)	Amerindios	Negros	Otros	Total
Argentina	40.301.927	97	45,0	43,0	6,0	3,0	3,0	100
Bolivia	9.119.152	39	9,0	30,0	61,0	0,0	0,0	100
Brasil	190.010.647	98	46,7	43,6	0,8	8,9	0,0	100
Chile	16.284.742	94	35,0	55,0	8,0	0,0	2,0	100
Colombia	44.379.598	96	20,0	72,6	3,4	4,0	0,0	100
Ecuador	13.755.680	72	3,0	62,0	25,0	3,0	7,0	100
Paraguay	6.669.086	5	9,0	81,0	6,0	0,0	4,0	100
Perú	28.674.757	72	14,0	35,0	48,0	1,0	2,0	100
Uruguay	3.460.607	96	88,0	8,0	0,0	4,0	0,0	100
Venezuela	26.023.528	95	21,0	68,0	2,0	8,0	1,0	100
Total/medias	378.679.724	76,4	29,1	49,8	16,0	3,2	1,9	100

Fuentes: Elaboración del autor sobre base de Nationmster.com; Censos Oficiales y Estadísticas de Obras de Referencia.

(1) Otros idiomas relevantes: quechua, guaraní y aymara.

(2) Incluye mulatos en casos de Brasil, Colombia y Venezuela.

En el caso de Paraguay el guaraní, idioma oficial, es hablado por más de seis millones trescientos mil habitantes; El quechua, lengua oficial en Bolivia y Perú, es la lengua nativa más hablada con más de 12 millones de personas; también lo hablan en Ecuador, el sur de Colombia y el norte de Chile y de Argentina. El aymara es también idioma oficial en Bolivia y Perú y se habla en el norte de Chile.

Hay que recordar otros idiomas, principalmente de los inmigrantes que han llegado a América del Sur durante fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX y que en algunas microrregiones sus colonias alcanzan densidad y conservan su lengua materna: junto al italiano (idioma romance) hay que mencionar en este caso a idiomas no latinos: al alemán y al japonés.

Desde el punto de vista étnico la categoría de “mestizo” incluye a mulatos y otras mezclas étnicas. En Brasil el 44% de mestizos incluye pardos, mulatos y en mucho menor porcentaje a mestizos de blancos con indígenas: en Colombia del 72,6 de mestizos hay a lo menos un 14% de mulatos y en Venezuela al menos un 2% de mulatos; en Paraguay un alto porcentaje de mestizos tienen ancestros de origen guaraní.

La población afroamericana, descendiente de las migraciones forzadas de población africana traída como esclava al continente americano, son predominantes en las costas atlánticas y en climas tropicales. Por ello predominan en Brasil y Venezuela, también en la

costa atlántica de Colombia y ciertas regiones de Uruguay e incluso Argentina y menos en Ecuador Perú, siendo casi inexistentes en Bolivia, Paraguay y Chile.

- Aportes latinos:

Es un hecho de muy alta relevancia anotar que en todos los países de la América Latina del Sur se observan contextos de interculturalidad: es en el marco de esta realidad que debemos analizar la “latinidad” de la cultura sudamericana.

De manera más precisa, para el caso sudamericano, en casi todos los países las lenguas romances son mayoritarias: en seis de los diez países las lenguas latinas son habladas por más del 94 por ciento de la población, en dos países por más del 70 por ciento sólo en dos países las lenguas latinas son minoritarias. El español es el idioma materno de cerca de la mitad de los sudamericanos, siendo idioma oficial en todos los países a excepción de Brasil, Guyana, Surinam, Guayana Francesa e Islas Malvinas¹¹.

En todos estos países el español o el portugués son lenguas “oficiales”, es decir lenguas de la cultura oficial, en las cuales se enseña, se hace política, se hacen las instituciones, las leyes, la economía y el comercio y los rituales religiosos principales.

Con todo, el estudio de las influencias latinas en la cultura latinoamericana del sur no puede basarse solamente en el factor lingüístico por relevante que sean las lenguas como vehículos de cultura. En efecto las culturas “oficiales”, esto es las que han predominado en las instituciones, el poder, la educación y la religión, han estado marcadas por códigos y tradiciones que se remontan a la cultura latina de occidente.

El concepto de “cultura latina” es ambivalente porque designa un conjunto de fenómenos y cristalizaciones diversas de patrones culturales a lo largo de épocas históricas muy distintas con referentes geoculturales diversos.

La cultura latina clásica, la de Roma republicana y del Imperio de occidente que se extendió hasta el siglo V se confunde con los aportes del clasicismo griego anterior y luego con los desarrollos del cristianismo de los primeros siglos. El “humanismo latino” (Bombassaro et al, 2003) es así heredero de un conjunto de tradiciones mediterráneas que durante la cristiandad medieval fuesen desarrolladas por el escolasticismo y luego el tomismo y fuesen reactualizadas y potenciadas con el Renacimiento.

Todas esas tradiciones “latinas” han sido objeto de múltiples reappropriaciones por diversas culturas y épocas que van desde la cultura germana a la británica, pasando ciertamente por la cultura ibérica.

¹¹ En Guyana se habla inglés, en Surinam neerlandés, en Guyana francesa, francés y en las Islas Malvinas, Territorio Argentino en disputa, reclamado por éste país y sometido a dominio colonial por Gran Bretaña (como Falkland) , inglés.

Las tradiciones culturales hispanoamericanas se alimentaron tanto del escolasticismo y el latín enseñado en los Colegios y Universidades coloniales como de las herencias del Derecho Romano presentes en la jurisprudencia cristiana y occidental y que se proyectó en los códigos civiles y las tradiciones jurídicas de las nacientes repúblicas. Por cierto en las formas que adoptó el cristianismo católico y la teología durante la colonia que perduran en sus rasgos fundamentales hasta mitad del siglo XX y que recogen toda la herencia de los Padres de la Iglesia fuertemente influidos por la filosofía greco-romana y decisivos gestores de la cultura latina occidental y cristiana.

La herencia de la cultura latina no ha estado exenta de debates y conflictos precisamente porque en vez de exponer y hacer valer sus vertientes propiamente humanistas se convirtió, muchas veces, en instrumento de colonización occidental. De esta manera el tema de la dominación cultural (colonialista, neocolonialista, dependentista), de manera explícita o implícita, no ha sido ajeno a toda reflexión sobre el pensamiento y la cultura latinoamericana (Dussel, 1977).

Como dice Zea (1993), el Logos de la modernidad occidental lejos de ser una forma de comprensión y de comunicación se transformó en afirmación totalitaria, incuestionable y magistral, “que se debería acatar para no ser aniquilados”. Pero estas filosofías están siendo superadas y surgen nuevos pensamientos que dan espacio a lo plural y lo diverso, al respeto al otro y a la construcción común rescatando así lo más valioso del humanismo latino.

En el contexto de los procesos de pluralización de la cultura latinoamericana se ha discutido ampliamente el carácter “católico” de su cultura. En efecto durante varios siglos el catolicismo ha sido el componente religioso-cultural predominante que ha marcado a las regiones coloniales y a las naciones independientes de América del Sur. Sin embargo, se constata, con mayor claridad a contar de la segunda mitad del siglo XX, una pluralización creciente del campo religioso latinoamericano (Parker, 1996a, 2005b).

Si bien el catolicismo sigue siendo mayoritario en todos los países latino- sudamericanos no debe olvidarse que es necesario hacer distinciones originadas en las formaciones históricas diferentes de regiones y países. En las regiones andinas, por ejemplo, la fortaleza de las tradiciones religiosas indígenas ha contribuido a la conformación de los “catolicismos indígenas” y de varias formas de sincretismos. Ellas son muy diferentes a los rasgos sincréticos afro-católicos que encontramos tan acentuadamente en la cultura brasileña. En este país y en zonas de mayor predominancia negra o mulata encontramos formas de catolicismo muy características y muy distintas a los catolicismos en áreas de mayor concentración indígena, como por ejemplo en el Chaco guaraní o en la Araucanía mapuche o en regiones del Amazonas Colombiano, Ecuatoriano, Peruano o Boliviano. Se sabe, en todo caso que la cultura va cambiando y con ella las religiones, en una interacción constante entre tradiciones locales y globales.

La fuerte introducción de misiones protestantes y especialmente de movimientos pentecostales desde la segunda mitad del siglo XX en todos los países de la región ha variado el panorama religioso global. En efecto el crecimiento de los evangélicos en algunos países ha sido explosivo en este último tiempo y se trata de un movimiento

mayoritario de tipo pentecostal que ha relegado a un tercer plano a los protestantismos históricos locales.

En algunos países de Sudamérica como Chile y Brasil se estima que el porcentaje de evangélicos se eleva por sobre el 15 por ciento (estimaciones hacia 2003). En países como Bolivia, Ecuador, Perú, Argentina se eleva por sobre el diez por ciento y constituyen el cinco por ciento y menos en el resto de los países. Es importante anotar que el promedio de población evangélica en estos países sudamericanos que habían sido católicos en casi el noventa y cinco al noventa y ocho por ciento a principios del siglo XX, se eleva hoy a casi el nueve por ciento, estando el porcentaje de católicos por debajo del noventa por ciento en la totalidad de países y en algunos casos por debajo del ochenta por ciento como en Brasil y Bolivia e incluso por debajo del setenta por ciento como en Chile.

En todo caso si es efectivo que los países sudamericanos son ahora mucho más pluralistas y han dejado de ser “católicos” en el sentido de la vigencia fuerte y monopólica del catolicismo como religión, no dejan de ser, sin embargo, “culturalmente católicos”. Entendiendo que esa cultura católica latinoamericana – de fuerte connotación latina y mediterránea – se originó en el barroco colonial y no es ciertamente la predominancia del dogma romano y de sus tradiciones eclesiales, sino una forma sincrético-cultural de convivencia de tradiciones que permean las culturas nacionales y que influyen incluso en las propias formas de manifestación de los evangélicos y de los no creyentes. Nombres, fiestas, feriados, toponimia, tradiciones, rituales, signos y símbolos que impregnan las costumbres de la vida cotidiana de los pueblos no dejarían de ser tales por el simple hecho de que el día de mañana la mayoría de los sudamericanos se convirtiere al protestantismo (Prandi, 2007).

- Otros aportes a la cultura latinoamericana

El aporte histórico más relevante a la cultura latinoamericana por su decisiva influencia demográfica en la época colonial y por la vigencia – dominada, encubierta, soterrada - de sus elementos y temáticas culturales son las culturas indígenas americanas (Bastida 2001). En efecto, más allá de la población mestiza es importante anotar la relevancia del componente etnocultural propio de los pueblos originarios todavía presentes en escena. Nos referimos a la existencia de vastas poblaciones indígenas que son los primitivos pobladores y descubridores auténticos del continente. En la actualidad, aunque sometidos en forma más o menos sistemática, a un modo de vida occidentalizado y en proceso de modernización, conservan muchas de sus costumbres, creencias y tradiciones y en muchos casos hasta su propia lengua. Todas estas poblaciones se han movilizadas por la defensa de sus derechos (Bengoa, 2000) y están conformando un dato fundamental de la realidad sociocultural de la América Latina desafiada por la interculturalidad (Morales, 1999) en el inicio del siglo.

Ello da origen a vastas regiones del continente en las cuales el habla española /portuguesa se ve disminuida por la extensa población que todavía habla idiomas indígenas: en los Andes desde Ecuador al norte de Argentina, pasando por Perú, Bolivia norte de Chile, en el Chaco y zonas aledañas de Paraguay y Bolivia (guaraní); y con menor densidad de poblaciones indígenas, en la Amazonía (en Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y

Venezuela) y en algunos valles Colombianos. Sullivan (1988) registra no menos de 82 grupos lingüísticos nativos en América del Sur pertenecientes a las siguientes familias lingüísticas: Arawak, Caribe, Chibcha, Ge, Pano-Tucan, Quechua, Tucano, Tupi. y otras como el Mapudugun. La gran mayoría de las lenguas vivas lo son de minorías étnicas y representan la gran riqueza étnico-lingüística, cultural y religiosa de la América del Sur.

Los aportes a la cultura latinoamericana provenientes de otros horizontes histórico-culturales tales como el África subsahariana y el Este de Asia deben ser sopesados a la luz de un minucioso análisis de los procesos histórico-demográficos determinando los flujos migratorios en cada época y los influjos culturales en cada caso. Así las cosas es evidente que el aporte afro-americano tanto en países del Caribe como en zonas geográficas donde el régimen económico de plantación demandó mano de obra esclava durante la colonia (Brasil, costa atlántica de Venezuela y Colombia) no puede ser olvidado y ciertamente la matriz cultural que aporta tiene rasgos difinitivamente propios y muy alejados de la matriz latina. Para el caso brasileño el aporte afroamericano resulta decisivo dado que su trayectoria es más antigua por la presencia temprana de la población esclava y por la incidencia relevante de los cultos afrobrasileños (candomblé, batuque, umbanda). Su impacto se verifica en la música popular, en la literatura, la poesía, y el teatro, en el cine y la televisión, en las artes plásticas, las artes culinarias, y en el carnaval y la danza, y también en las prácticas mágicas que se ofrecen a los demandantes de suerte y milagros (Prandi, 2007). Las influencias de los cultos afroamericanos van más allá de la población negra o mulata con antecedentes afroamericanos y traspasa barreras étnicas e incluso fronteras. Hace algunas décadas los cultos afro se han multiplicado también en Montevideo y Buenos Aires. En fin son rasgos de las culturas populares de todos los rincones de la América del Sur que se mueven bajo ritmos de inspiración o con componentes afroamericanos (desde la samba, el mambo, la rumba, el jazz y el blue, bossa nova, lambada, tango, merecumbé, hasta el reggae, pasando por ritmos como la cumbia, el merengue, merecumbé, vallenato, el rap y el hip hop, el raketón y la salsa) y se dejan emparar por un amplio repertorio de gustos, signos y patrones estéticos y una forma especial de asumir la vida.

Pequeñas oleadas de inmigraciones asiáticas (chinos, japoneses, filipinos, coreanos recientemente) no han sido lo suficientemente decisivas como para equiparar o sobrepasar los aportes latinos, pero sin duda juegan un papel, aunque modesto, no menos relevante en la conformación de una identidad múltiple y plural de la América Latina que inicia el siglo XXI.

El caso brasileño es paradigmático ya que su cultura es el resultado de una gran mezcla de culturas y etnias, que incluyen, europeos (principalmente portugueses, y también italianos, españoles y alemanes), africanos y minorías indígenas, con otras minorías de descendencia asiática (principalmente japoneses) y árabe (libaneses y sirios). Debido a las sucesivas oleadas de inmigrantes, (segunda mitad del siglo XIX en adelante), existen importantes comunidades que hablan además del portugués, el español (2.000.000 en la frontera) el alemán (1.500.000), el italiano (1.500.000), el japonés (500.000), y el coreano (100.000).

Se afirma que América Latina es mestiza en la medida en que la mayoría de su población tiene un origen etno-cultural derivado de la mezcla de la cultura hispano-lusitana con la

cultura indígena, los “pueblos nuevos” según Ribeiro (1999). Padre español y madre indígena en condiciones de supremacía el uno y subordinación la otra, que ciertamente generarán conflictos de identidad al futuro bastardo (Montecinos, 2005). Todo lo cual es cierto pero merece precisiones regionales dado que ese mestizaje se ha dado con mayor intensidad en algunas partes como Perú, Ecuador, Bolivia, países donde previamente había una masa de población indígena de mayor densidad poblacional. Ese mestizaje, hemos visto más arriba, ha sido muy distinto en zonas dónde o bien la densidad indígena era menor o bien se produjeron exterminios de población nativa como en regiones de la costa caribeña, en la Patagonia, y en zonas amazónicas de Colombia, Venezuela y Brasil.

Como sabemos el término de mestizo deriva del latín vulgar *mixticus*, del latín *mixtus* (mezclado) y se emplea principalmente para designar personas cuyo origen genealógico se remonta a dos culturas diferentes que en el caso americano son principalmente la europea y la amerindia. Ya en la época inicial de conquista y colonia se empleaba el término de “castas” y los cronistas nos informan de una variedad de “castas” que poblaban las colonias de la América Hispana¹².

Tal proliferación de mestizaje se debía a que las expediciones ibéricas traían pocas mujeres y la soldadesca, jóvenes varones solteros o que habían dejado sus esposas en la península, solían unirse libremente con nativas, abandonando a los bastardos a su suerte. La tolerancia del sistema por parte de la Corona se debió a que se consideraba un factor de pacificación e integración social.

Para el caso de los mestizos la influencia de las tradiciones latinas ha sido mayor que para el caso de los indígenas. Pero en ambos grupos las raíces latinas de la cultura predominante ha dejado sus huellas y sobre todo por los procesos de cristianización (Parker, 1996a) y más recientemente por la socialización de la escuela. Los medios de comunicación y la industria cultural ya no son portadores de tradiciones latinas sino de patrones de la cultura anglo-norteamericana hollywoodense y globalizadora.

Así, los elementos de identidad de América Latina pueden entenderse como un complejo entramado de textos cuyas lecturas múltiples resisten comprensiones unívocas y plurívocas precisamente porque los actores son diversos y los núcleos de síntesis son sincréticos. Ambigüedades y paradojas que envuelven valores, humanismos y visión de mundo latino-americanos (Marquínez, 1990) mediante un proceso de síntesis que “no es fusión, es sincretismo, no es mixtura, es convivencia” (Oro, 2004:8), todos elementos que son leídos, adaptados y reelaborados “a la latinoamericana”.

¹² Habían varias clasificaciones. Una de ellas definía las principales castas de la siguiente manera: **mestizo**, hijo de español e india; **castizo**, hijo de mestizo y española; **mulato**, hijo de español con negra; **morisco**, mulato con española; **coyote**, mestizo e india; **tornatrás**, hijo de blancos con rasgos negros; **chino**, hijo de *tornatrás* y de india; **lobo**, chino y mulata; **jíbaro**, lobo y mulata, etc.

Los sistemas identitarios en el espacio-tiempo entonces, se despliegan como un plexo en el cual confluyen poderes y contrapoderes, discursos oficiales y contradiscursos, imaginarios todos ellos que forman discursos en distintos planos, heterogéneamente articulados, que reflejan proyectos de dominación, vida, sobrevivencia, y cosmovisiones diversas en las cuales convergen en forma compleja los metarrelatos occidentales – de raíz cultural latina – y la pluralidad de relatos no occidentales de los componentes culturales amerindios y afroamericanos, todos ellos con temporalidades y espacialidades referenciales diversas.

5. IDENTIDAD LATINO-SUD-AMERICANA.

Hemos afirmado que la identidad cultural histórica de América del Sur se confunde – tanto como los discursos identitarios de sus elites intelectuales - con la América Latina. Pero es obvio que el concepto de América Latina y el de América del Sur no son sinónimos, aún cuando en más de algún momento histórico en discursos del siglo XIX así lo fuesen. También resulta insuficiente, para avanzar en nuestra reflexión sobre la integración sudamericana, afirmar que en este subcontinente hay fuertes elementos de cultura latinos y al mismo tiempo un crisol de diversidad sociocultural que le dan una riqueza cultural característica.

Es necesario precisar con mayor detenimiento y referirse a los espacios geoculturales que es posible identificar en la América Latina. De esta manera podremos reconocer cuáles son los componentes que estamos refiriendo cuando introducimos el concepto de Latino-Sur-América.

En realidad es posible trazar un mapa geocultural de todo el espacio que llamamos Latino América y dividirlo en, al menos cinco áreas geográficas delimitadas que, más allá de compartir elementos comunes con la totalidad llamada América latina, tienen orígenes, trayectorias y particularidades que posibilitan agruparlas entre sí. En efecto es posible dividir el continente Americano en varios subconjuntos de países y regiones de la América Latina como sigue:

- a) Latino-méxico-mesoamérica;
 - b) Latino-caribe-américa,
 - c) Latino-sudamérica andina,
 - d) Latino-sudamerica-cono sur,
 - e) Latino-lusoamérica.
-
- a) Latino-méxico-mesoamérica: comprende México, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Panamá y básicamente comprende lo que histórica y geoculturalmente fue el asiento de las altas culturas mesoamericanas precolombinas, luego el Virreinato de Nueva España, y la historia de los países centroamericanos mencionados y destacándose México como gran polo de la cultura latinoamericana pero que por su proximidad a los Estados Unidos tiene una historia propia.
 - b) Latino-caribe-américa: comprende todos los países independientes latino hablantes del Caribe con historias e influencias culturales muy diversas: Cuba, República Dominicana, Haití, y se suele agregar a Puerto Rico a pesar de su carácter de Estado

Libre Asociado de EEUU. En general, casi todos esos países están marcados por las poblaciones afroamericanas y la historia de un colonialismo tardío.

- c) Latino-sudamérica andina, que comprende Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela, países que tienen trayectorias históricas compartidas y que fueron el principal asiento de las grandes culturas andinas y que todavía el influjo de la población indígena se deja sentir.
- d) Latino-sudamérica-cono sur: Argentina, Uruguay y Chile, países del cono sur que han tenido una historia marcada por un mestizaje de menor influencia indígena y una inmigración europea significativa.
- e) Latino-lusoamérica: básicamente es Brasil que por su dimensión y densidad tiene un peso decisivo en la conformación de la cultura latinoamericana, habiendo tenido una historia diferente a los países hispanoamericanos y por lo mismo teniendo una dinámica político-cultural bastante apartada.

En realidad cuando hablamos de Latino-Sud-América nos estamos refiriendo a los procesos de integración entre los espacios geoculturales c), d) y e) y estamos excluyendo a los espacios geoculturales a) y b). Es esta una cuestión no menor dado que el uso habitual del concepto de América Latina no suele entrar en distinciones internas y en realidad el lenguaje común lo emplea con un sentido de generalidad que sirve muy poco para precisar contornos subregionales.

Durante buena parte del siglo XIX se tendió a confundir América Latina con América del Sur pero será desde la II Guerra y con los planes desarrollistas y las políticas integracionistas que se tenderá, en el lenguaje oficial, a referirse de manera más sistemática a América Latina comprendiendo a toda Sudamérica Latina y a México y Centroamérica. Luego ha sido necesario precisar, en los grandes foros multilaterales y los organismos económicos internacionales que se incluye al Caribe, pero es claro que con este último término se refieren no tanto a los países latinos del Caribe, sino mucho más a los otros países caribeños (no latinos) que se han independizado durante la segunda mitad del siglo XX.

En todo caso la relación entre América del Sur y la América del Norte ha servido para identificar a ésta última, desde el punto de vista sociocultural. Esta distinción se encuentra ya presente en autores europeos y sudamericanos del siglo XIX.

Para Hegel, clásico representante el pensamiento eurocéntrico nada importante había pasado en América que en realidad pertenecía a la prehistoria y los influjos de los europeos que habían colonizado el norte y conquistado el sur no agregaban nada nuevo a la Historia universal (Arciniegas, 1990; Mayobre, 2007).

Cabía distinguir, eso sí, entre la América del Norte y la del Sur, hoy América Latina. Los norteamericanos, europeos germánicos, protestantes, se caracterizaban por su prosperidad, su sentido del trabajo e individualidad; los sudamericanos, mestizos de razas débiles, católicos, desarrollaron un principio de gobierno del enriquecimiento por medio de la

exacción. Los primeros organizaron comunidades prósperas, los segundos estados en continua revolución.

Afirmando que América era la tierra del futuro, Hegel predijo una pelea entre la América del Norte y la América del Sur, en que la importancia de la Historia Universal debería manifestarse. Sin explicitar a qué tipo de conflicto se refería.

Alberdi (1852), por su parte, a partir de sus principios liberales, nos habla en la mitad del siglo XIX de la necesidad de distinguir el proyecto de desarrollo de la América del Sur del de EEUU y de Europa. Analiza las constituciones generadas a partir de 1810 y las critica precisamente porque no incluyen los valores de la libertad de industria y trabajo, y precisamente cuestiona la imitación de las constituciones francesas y norteamericanas por la insuficiente consideración que estima tienen aquellas acerca del progreso económico del país. En todo caso es Alberdi un claro ejemplo de un sudamericano que se refiere constantemente a “Sudamérica” como proyecto.

El escritor y diplomático colombiano José María Torres Caicedo (1857) denuncia el olvido de la Unión de sus valores de libertad en el Norte y declara condenable su invasión y guerra contra México y Nicaragua ocasión en que también asecha Europa. En su famoso poema de “Las dos Américas” evidencia la confrontación entre América del Sur y América del Norte: “la raza de la América latina, al frente tiene la sajona raza, enemiga mortal...” y llama a la América del Sur a unirse a “defender la libertad genuina” contra el despotismo europeo y el expansionismo norteamericano.

Es claro entonces que hay una forma de entender a la América del Sur – América Latina dónde lo que prima en el contenido semántico del concepto es su oposición geo-político-cultural, en primer lugar a la cultura norteamericana (por ser yanqui y expansionista) y en segundo lugar a la cultura europea (por ser también expansionista). Hay entonces una connotación “defensiva” del concepto de América latina cuando se la asocia geográficamente a América del Sur. Ya Francisco Bilbao en "La América en peligro" (de 1862) denunciaba también el despotismo europeo y la política panlatinista de Francia que quería anexarse a México, pero sin descuidar la denuncia frente a los vecinos anglosajones de la América del Norte.

Iniciando el siglo XXI, el politólogo e historiador brasileño Moniz (2005), reconoce que la política exterior de Brasil estuvo orientada desde el siglo XIX por el concepto de América del Sur, en el mismo sentido de tensión con la América del Norte que hemos venido anotando. Claro que agrega algo que resulta necesario analizar, la comprensión brasileña resultada de un análisis de las dos Américas, sobre base de una distinción no tanto por sus orígenes étnicos o idiomáticos sino “por la geografía, con implicaciones económicas y políticas”.

Esto quiere decir que existe una doble lectura de la diferencia entre América del Norte y América Latina del Sur: una lectura histórico-cultural y otra de tipo geopolítico. Al decir de algunos analistas el Brasil tiene por objetivo estratégico, al apoyar la creación de la Comunidad Sudamericana de Naciones, el hacer de América del Sur una potencia económica y política mundial. Desde este punto de vista geopolítico y geoeconómico

México estaría en la otra América al compartir un mercado común, tan extensa frontera y relevante intercambio comercial y de flujos migratorios con EEUU. En este concepto la América latina se vuelve insustancial, una realidad imaginada pero no geopolítica y económicamente factible.

Por el contrario nuestra hipótesis de trabajo afirma que el concepto de América latina, o mejor dicho, el rescate de lo “latino” de América del Sur, desde una óptica geocultural e histórico-cultural, tiene mucho que ver con un concepto mucho más integral de los procesos de integración y en particular tiene que ver con la factibilidad de los procesos de aproximación para la conformación de una unión de naciones en el Sur de América (UNASUR).

En efecto pensamos que el componente latino de América Latina es uno de los componentes principales de su sistema identitario que, en el marco de sus otros componentes ilustrados, mestizos, indígenas y diversos, permite pensar una base común cultural para los procesos de integración en Sudamérica.

La construcción de una identidad “**Latino-Sud-Americana**”, a partir de las tradiciones, historias y antecedentes ya presentes, puede ser una de las bases de (auto) representación cultural que posibilita en términos de sistema identitario definirse frente a las culturas anglosajonas (especialmente norteamericana) y recoge una herencia común más amplia con la latinidad del resto de América Latina y con Europea, lo que favorece procesos de integración que vayan más allá de los acuerdos económicos y comerciales y consoliden una futura Unión de Naciones Sudamericanas.

El componente latino de la cultura sudamericana ha sido un factor proclive a la integración, que no siempre ha cristalizado en procesos efectivos de integración, pero que se conserva como un rasgo potencialmente favorable.

Más allá de las lenguas comunes, de los elementos “latinos” que hemos anotado en la sección antecedentes, es importante constatar que la diversidad y la pluralidad de los procesos histórico-culturales no han derivado en conflictos intrarregionales y más bien han originado diversas formas de “síntesis” culturales donde el crisol cultural latinoamericano ha generado mestizajes, sincretismos y toda clase de nuevas formas mixtas de culturas sin que ellas hayan decantado como expresiones antagonistas unas de otras. Este motivo, y dado que la cultura sudamericana moderna existe desde la conquista, hace unos quinientos años, se ha dicho que se trata de un “nuevo mundo”, un “continente joven”, unas culturas “nuevas” si se las compara con las milenarias culturas de oriente (China, India Japón) y occidente (Europa latina occidental).

Hablamos aquí de las culturas sudamericanas modernas en las cuales los componentes de las culturas originarias están por cierto presente, para distinguirlas de la cultura sudamericana antigua donde el poblamiento¹³ se remonta a unos 40.000 a 60.000 años y las

¹³ Los sitios arqueológicos de Monte Verde (Chile), Piedra Museo (Argentina) y Pedra Furada (Brasil) en Sudamérica, junto a Topper (EEUU) han replanteado la teoría prevaleciente del poblamiento tardío basada en

civilizaciones precolombinas se remontan desde tres a cinco mil años. Ciertamente la conquista de América, por parte de los europeos, marca un quiebre de continuidad histórico-político-cultural de gran magnitud. Quiebre que no se ha presenciado de forma tan radical en el caso de otras civilizaciones milenarias como la China, la India, e incluso la latina occidental.

Es posible afirmar, entonces que la América del Sur moderna ha tenido, en términos generales, una historia común. Si bien hubo y hay una diversidad considerable de grupos étnicos y de culturas, la interculturalidad se ha dado como un proceso de dominación y resistencia, pero no conformando espacios nacionales o subnacionales en conflicto. Ello caracteriza la inexistencia de conflictos semejantes a los casos de la ex yugoeslavia, el caucaso, el país vasco, el medio oriente, donde los conflictos intrarregionales remontan a culturas asentadas territorialmente desde hace milenios.

América del Sur no ha sufrido guerras devastadoras. Los conflictos derivados de la imprecisión de definición de espacios nacionales y fronteras si bien en algunos casos han derivado en conflictos armados locales (como la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay en 1932-1935 o las guerras entre Ecuador y Perú, la primera en 1941 y la segunda en 1995) ellos no han tenido, durante el siglo XX, la extensión ni la magnitud, relevancia e impacto que tuvieron por ejemplo en Europa las devastadoras I y II Guerras Mundiales. En efecto, América Latina es una de las zonas de menor tensión en el mundo y una de las que menos recursos de su Producto Interno Bruto (PIB) dedica al presupuesto militar, apenas el 1,5% (Zibechi, 2005)¹⁴. No es menos cierto, sin embargo, que la violencia civil se ha incrementado estos años, producto de la guerra/guerrilla en Colombia, del narcotráfico y del incremento de la criminalidad en todos los países (Briceño León, 2002).

América del Sur no tiene, como es el caso dramático en otras zonas calientes del planeta, conflictos de tipo religioso con componentes étnicos y nacionales. A ello contribuye una común historia religiosa marcada por el catolicismo y por otras expresiones religiosas que han sido minoritarias y que en todo caso han convivido en forma pacífica con el catolicismo. En la propia dinámica religiosa-cultural hay que destacar la peculiar interacción entre el catolicismo dominante y las múltiples expresiones de religiones indígenas colonizadas. Si bien estas últimas han adoptado, en ocasiones, formas de resistencia éstas han sido simbólicas y en la mayoría de los casos el contacto ha dado

la Cultura Clovis. Ello ha significado aceptar que posiblemente el hombre emigró a América por Beringia no hace 13.500 años del presente sino hacia 33.000 e incluso 50 o 60.000 años atrás.

¹⁴ Cifra que contrasta con el 4% del PIB que dedica la Unión Europea a gastos militares, el 3% de Estados Unidos (que realiza el 47% de los gastos militares del planeta) y el 12% de Medio Oriente.

Pese a ausente de conflictos graves hay riesgos para la seguridad:

- el Plan Colombia, estrategia regional de Washington, que incluye el combate al narcotráfico y la guerrilla, y el control de la biodiversidad de la región andina, desde Venezuela hasta Bolivia;
- las nuevas formas que adopta la privatización de la guerra;
- y el nuevo papel de Brasil en el continente, única nación del Sur en vías de desarrollo que tiene autonomía estratégica militar;
- los intentos de las elites de cada país para contener la protesta social a través de la militarización de las sociedades.

origen a distintas formas de sincretismos católico-indígenas. Las tensiones entre las corrientes evangélicas – principalmente pentecostales – y el catolicismo de una parte y las religiones indígenas, de otra, han sido pacíficas y nunca han incluido componentes de reivindicación étnico-territorial ni menos nacionalismos¹⁵.

Podemos afirmar entonces que la característica “latina” de América del Sur ha contribuido de manera relevante a conformar factores que pueden contribuir a procesos de integración subcontinental. De hecho conserva elementos importantes de la cultura cristiana-occidental, y comparte su cultura el llamado “ethos católico”, claro que bajo formas de apropiación semántica específicas, bajo usos, tradiciones y significados particulares. El mejor ejemplo de este tipo de patrón cultural-religioso compartido es el “catolicismo popular” que se presenta con asombrosa semejanza hasta en los mas variados rincones del continente sudamericano.

Todo ello nos posibilita afirmar que existe cierta homogeneidad cultural y ciertamente muchos más claros factores de unidad cultural que en otros continentes. De hecho esta homogeneidad cultural se da sobre la base de diversidades y pluralidades de tradiciones locales y subregionales, pero que son, en todo caso, de mucho menor envergadura que aquellas que existen al interior de otros continentes como Europa, Asia, y África.

6. UNION DE NACIONES DE AMERICA DEL SUR (UNASUR) Y CULTURA LATINA.

Es precisamente uno de los focos de atención del presente estudio sacar a luz aquellos elementos que constituyen una base de integración, en el plano cultural, de los países sudamericanos que, como reza el discurso oficial “están muy cerca desde el punto de vista histórico-cultural, que comparten intereses y valores comunes”.

No es ninguna novedad afirmar que desde su temprana historia América del Sur no sólo ha sido un espacio de contactos e intercambios culturales y de ideas sino que fundamentalmente ha sido una zona de intercambios comerciales y económicos, así como políticos y de flujos migratorios. Todo ello se ha dado desde la época colonial, y con los procesos independentistas se acentuó, claro que durante la historia republicana los intercambios al interior de la América del Sur han estado bajo el dominio del Imperio Inglés por un buen tiempo y luego, durante el siglo XX, bajo la hegemonía norteamericana. Lo cierto es que los procesos de globalización recientes, junto con abrir los mercados e intercambios con otras regiones del planeta han intensificado los intercambios intra-continenciales.

¹⁵ El caso del Frente Zapatista para la Liberación Nacional en Chiapas, no tiene inspiración religiosa como legitimación principal, y si bien tiene componentes étnico-nacionalistas, se proyecta más como un movimiento político democratizador de la sociedad mexicana toda y no reivindica un territorio nacional. Casos como ese no se han dado en América del Sur ya que el conflicto colombiano obedece a otras inspiraciones y causas.

Es necesario mencionar también una historia política compartida. Historia tensionada por la dinámica local-universal: el análisis de cada país es de una riqueza enorme, pero al mismo tiempo es posible encontrar patrones de evolución político- cultural que son compartidos. Hay una dinámica más o menos común en la cual se pueden detallar: las luchas entre conservadores y liberales, el domino oligárquico, el despertar de las clases medias y populares, los populismos latinoamericanos, los partidos políticos democráticos, los movimientos socialistas, los modelos políticos desarrollistas, los golpes de Estado y los regimenes de seguridad nacional, los procesos de redemocratización recientes. Y en las últimas décadas el dominio de los modelos neoliberales, frente a los cuales emergen la reivindicación social y de grupos populares e indígenas y se moviliza la sociedad civil y crecen las luchas anti-globalización (Harris, 2003).

En este contexto es que surgen iniciativas más concretas de integración para el sub continente del Sur. En las proximidades del Bicentenario de la declaración de la Independencia de la mayor parte de las naciones sudamericanas, a fines del 2004, en el Cusco los Presidentes de las naciones Sudamericanas acuerdan dar inicio a la Comunidad Sudamericana de Naciones.

En Brasilia, el 30 de septiembre de 2005 los Presidentes en la Primera Reunión de Jefes de Estado de la Comunidad Sudamericana de Naciones, declaran la que la “integración sudamericana es y debe ser una integración de los pueblos en favor de la construcción de un espacio sudamericano integrado” (Jefes de Estado, 2005).

Sigue la declaración presidencial “inspirados en valores comunes tales como la democracia, la solidaridad, los derechos humanos, la libertad, la justicia social, el respeto a la integridad territorial, a la diversidad, la no discriminación y la afirmación de su autonomía, la igualdad soberana de los Estados y la solución pacífica de controversias, los Presidentes y Jefes de Gobierno de los Países de la Comunidad Sudamericana de Naciones, (...) declaran:

1. La esencia de la Comunidad Sudamericana de Naciones es el entendimiento político y la integración económica y social de los pueblos de América del Sur.
2. La Comunidad Sudamericana de Naciones fortalecerá la identidad de América del Sur y contribuirá, en coordinación con otras experiencias de articulación regional y subregional, al fortalecimiento de la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe”.

Esta comunidad de naciones se está estructurando sobre la base de dos grandes procesos de integración del sub continente: el MERCOSUR (Mercado Común del Sur) y la CAN (Comunidad Andina de Naciones), e integrando a países asociados que no forman parte íntegra de esos dos referentes: Chile, Surinam, y Guyana. La inmensa mayoría de estos países se inscriben culturalmente en tradiciones culturales que tienen a la cultura latina como uno de sus antecedentes relevantes, como hemos visto.

Aunque de los estados sudamericanos Surinam y Guyana no son de lengua latina, ellos fueron colonizados por potencias como Holanda e Inglaterra que comparten la común herencia occidental y cristiana, con sus respectivos aportes derivados de la cultura clásica.

Este proyecto de Unión de Naciones Sudamericanas tiene el potencial de ser la quinta economía mundial (PIB de US\$ 1.2 billones –un millón doscientos mil millones de dólares) y el cuarto mercado mundial (medido en términos de la demanda potencial). Tiene un tercio de la biodiversidad del planeta; 25% agua dulce del mundo; 9% de las reservas mundiales de petróleo y 4% de las reservas mundiales de gas. Sus reservas de agua dulce y biodiversidad son las mayores del mundo. Posee inmensas riquezas minerales, de pesca y agricultura.

Está compuesta por doce países, y dentro de un espacio contiguo, tiene 360 millones de habitantes, cerca del 67% de toda la América latina y el equivalente al 6% de la población mundial, con integración lingüística, dado que la casi totalidad habla portugués o castellano. Su población es mayor que la de EE.UU. (293 millones), y su territorio, cerca de 17 millones de kilómetros cuadrados, es el doble tanto del territorio estadounidense, como de China.

La integración del Mercosur, con un Producto Bruto Interno de 1.000 billones de dólares y la CAN, más Chile, hace de la Comunidad Sudamericana de Naciones una potencia mundial con una masa económica mayor que la de Alemania y muy superior a la suma del PBI de México y de Canadá.

Sin embargo su peso relativo está ciertamente por debajo de su vecino del norte. Los países integrantes del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) constituyen un mercado equivalente al 23,7% del Producto Interno Bruto mundial y un 14,7% de la exportación de bienes y servicios.

Es en el marco de los procesos de globalización, que ofrecen amplias oportunidades así como grandes desigualdades y riesgos, que los países latinoamericanos han iniciado este proceso de integración que busca garantizar una “globalización con integración y desarrollo” (Wagner, 2005). La búsqueda del desarrollo competitivo pero con inclusión social, el fortalecimiento de la gobernabilidad democrática, y la integración sudamericana con un desarrollo humano, sustentable e integral son algunos de sus objetivos globales.

Los objetivos políticos explícitamente declarados de la UNASUR son:

- Construir un orden mundial multilateral, democrático y multipolar,
- Obtener mayor gravitación en relaciones internacionales,
- Afianzar la paz, seguridad y fomento de la confianza regional e internacional,
- Fortalecer el Estado de Derecho y la gobernabilidad democrática,
- Impulsar reformas para un nuevo Estado democrático,
- Asegurar la cohesión social y la corrección de asimetrías.

En el marco de los procesos de globalización, con mercados de bienes y servicios y de trabajo cada vez más mundializados América del Sur busca establecer una política de apertura que garantice el respeto a sus legítimos intereses sociopolíticos y culturales. Sin

embargo, el proceso de integración americano en el marco del ALCA ya inicialmente impulsado por el tratado de libre comercio de Chile con los tres países que lo componen (Canadá, México y EEUU), se ve, desde la comunidad latinoamericana de naciones, con recelo y se han congelado sus negociaciones precisamente por el hecho de que Brasil y Argentina buscan consolidar sus proyectos de integración ampliando el MERCOSUR hacia todo el continente sudamericano. Un balance histórico de las relaciones entre América Latina y su vecino del Norte revelan, como hemos ya analizado, antecedentes de hegemonismo de parte de éste último actor lo que ha llevado a los países Sudamericanos a volver su mirada hacia otras regiones, tales como la Unión Europea y el Asia-Pacífico.

En efecto, la relación de América del Sur con EEUU es ambigua y ha estado sometida a dinámicas paradójales y/o cíclicas y muchas veces contradictorias. Se suceden o coexisten movimientos de repulsa y rechazo a la injerencia norteamericana (generalmente de tendencia populista, nacionalista o de izquierda), y momentos de gran proximidad e incluso movimientos de admiración de la cultura norteamericana (movimientos de derecha y pro-norteamérica), o de algunos de sus aportes como la cultura liberal democrática, la música, la industria cultural, lo cual se ha acentuado con la globalización y la universalización del mercado como factor regulador de la vida social. Mercado que trae consigo un cierto “estilo de vida americano”, permeando la vida cotidiana latinoamericana de signos, símbolos y actitudes propias del *American Way of Life*.

Pero el principal esfuerzo de la integración sudamericana es intensificar sus intercambios internos. La lógica de los bloques comerciales es la de impulsar el comercio entre sus miembros y hacer uso de sus respectivas preferencias arancelarias. Algunos países de América Latina han percibido los nuevos tiempos y, en consecuencia, han firmado o firmarán tratados de libre comercio con las principales economías del mundo. Otros, por el contrario, promueven bloques puramente regionales o basados en afinidades ideológicas.

En este sentido debe mencionarse a ese proyecto alternativo que significa el ALBA. La Alternativa Bolivariana para América Latina y el Caribe es una propuesta de integración enfocada para los países de América Latina y el Caribe que pone énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión social. Promovida por Cuba y Venezuela como contrapartida del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), impulsada por Estados Unidos, ya incorpora a Nicaragua y Bolivia y en 2007 los estados caribeños de Antigua y Barbuda, Dominica y San Vicente y las Granadinas han suscrito el Memorando de Entendimiento.

Es claro que los actuales procesos de integración y de alianzas entre regiones – que superan la política bilateral convencional – cuentan, en primera instancia, a las negociaciones y los acuerdos económicos y comerciales. Es claro también que en la época de la globalización que vivimos los intereses políticos y culturales, así como las dimensiones medioambientales, comienzan a tomar cada vez más relevancia en las relaciones internacionales (Parker, 2004).

Aprovechando la ventaja de la cercanía de tradiciones culturales, y siendo la tradición latina una de las fuentes comunes de convergencia, los países latinoamericanos se han aproximado a la Unión Europea. En efecto, la conformación de una Asociación Estratégica Interregional fue lanzada como un objetivo en la I Cumbre de la Unión Europea y de

América Latina, en Río de Janeiro, en 1999. Se trata de la búsqueda de una expresión jurídica que constituya acuerdos de asociación, que “superan la naturaleza y alcance de los Acuerdos Marco de Cooperación que utiliza generalmente la Unión Europea para sus relaciones con terceros países o agrupaciones” (Vilches, 2004). En igual sentido se desarrollan las Cumbres Iberoamericanas de Jefes de Estado y de Gobierno cuya sesión XVII se celebró en Santiago de Chile en noviembre de 2007 reafirmando un plan de acción con acentuado sentido social¹⁶.

Son claros los lazos políticos, socio-históricos y culturales que vinculan a la América Latina con Europa y ya hay acuerdos de asociación suscritos como el caso de Chile-UE. Lo más decisivo, desde el punto de vista de los factores culturales, es que los pilares de la Asociación son: “el diálogo político fructífero y respetuoso de las normas de derecho internacional”, “las relaciones económicas y liberalización recíproca de los intercambios comerciales” y “cooperación en los ámbitos educativo, científico, cultural y social” (Vilches, 2004).

La existencia de acuerdos y tratados de libre comercio entre países de Sudamérica y países de la cuenca del Asia-Pacífico, como es natural, se ha desarrollado con creciente interés y veremos en los años venideros que muchos países de ambas riberas del Pacífico extenderán estos acuerdos. Pero lo que es decisivo es que sólo entre la Unión Europea y Sudamérica será posible avanzar en acuerdos de asociación precisamente por los lazos culturales e históricos comunes. Las herencias de la cultura latina occidental juegan aquí un papel de la mayor importancia.

En general es importante destacar que están operando múltiples instancias y mecanismos de integración, que en forma simultánea, apuntan a un tejido de mayor densidad integrativa en el subcontinente sudamericano.

Más allá de las grandes instancias que hemos mencionado como la UNASUR, el MERCOSUR, y la CAN, es importante anotar variados mecanismos latinoamericanos que favorecen la integración en sudamérica: Asociación Latinoamericana de Integración, (ALADI), Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALLC), Fondo Latinoamericano de Reservas (FLAR), Sistema Económico Latinoamericano (SEL) y organismos como el Banco Interamericano de desarrollo (BID) y la Comisión Económica para la América latina y el Caribe (CEPAL). También organismos políticos supranacionales como el Parlamento Latinoamericano (PARLATINO).

Asimismo movimientos y partidos políticos, movimientos sociales, intelectuales y artistas de las más diversas extracciones han expresado reiteradamente su adhesión a las más diversas formas de unidad latinoamericana, desde organizaciones supranacionales como la

¹⁶ Michelle Bachelet, Presidenta de Chile al clausurar la Cumbre afirmó: "si efectivamente somos capaces de poner en marcha los acuerdos que hoy día hemos firmado (...)"podremos empezar a escribir un nuevo pacto social para construir sociedades más justas e inclusivas y, por ende, ir hacia la cohesión social de nuestros países".

hasta instancias de coordinación política como la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina, (COPPAL), culturales y educacionales como la Unión de Universidades de América Latina (UDUAL) y el grupo de Montevideo y variadas instancias sectoriales bajo forma de “uniones latinoamericanas”.

Las similitudes históricas y culturales de los pueblos latinoamericanos han llevado a crear la idea de América Latina como una Patria Grande con toda una teorización acerca de la integración. Todos estos proyectos han tomado cuerpo en instituciones y también en diversos proyectos de integración física, logística y cultural y se han expresado en un cuerpo teórico particular acerca del proceso de integración.

Hay también importantes iniciativas subregionales como Zicosur. La Zona de Integración del Centro Oeste de América del Sur, ZICOSUR, es un proyecto de complementación económica, comercial y cultural, además de cooperación intergubernamental y empresarial que congrega a las regiones aledañas con el Trópico de Capricornio.

En ella confluye la vigorosa voluntad de las Regiones: Tarapacá, Antofagasta y Atacama del Norte Grande de Chile, los Departamentos de Potosí y Tarija en el sur de Bolivia, las Provincias del Noroeste Argentino: Jujuy, Salta, Tucumán y Catamarca, y las Provincias del Noreste Argentino: Corrientes, Formosa, Chaco y Misiones. Así como, los Estados de Mato Grosso, Mato Grosso Do Sul y Paraná en el occidente brasileño, la República del Paraguay y las Regiones del sur de Perú.

Esta gran zona constituye un vasto complejo económico capaz de interactuar en el nuevo panorama global de la economía, potenciando ofertas productivas conjuntas con el objetivo de abastecer las crecientes demandas de los mercados de la Cuenca del Pacífico, tales como: China, Corea del Sur, Japón, Tailandia, Malasia, Indonesia, Australia, Nueva Zelanda, México, Estados Unidos y Canadá.

Sin embargo, hay serios obstáculos para la integración. Uno de los más decisivos proviene del panorama social del subcontinente: la pobreza y la desigualdad. Flagelo que se hace más evidente por contraste a las enormes riquezas naturales del subcontinente. También es digno de mencionar las asimetrías intra-regionales y los diversos grados de integración nacional y sociocultural entre los diversos países de América del Sur (Jaguaribe, 2007).

Tal vez por eso no sorprenda que la política de Cumbres de Jefes de Estado tome acuerdos de menor envergadura y el conjunto del proceso de integración avance con bastante lentitud.

América del Sur no enfrenta los problemas culturales que ha encontrado y aún tiene que resolver Europa, como los nacionalismos y regionalismos y la incorporación de naciones musulmanas a un grupo de tradición cristiana. Hemos fundamentado ampliamente los factores culturales comunes, el lenguaje, la historia, pero todo ello resulta insuficiente para hacer realidad el sueño de Simón Bolívar.

UNASUR tiene una amplia agenda pendiente que incluye desde cuestiones de infraestructura, los corredores bio-oceánicos, la defensa de la biodiversidad y del amazonas,

los problemas energéticos y los focos de violencia, guerrilla, narcotráfico y problemas bilaterales pendientes. Las instituciones de muchos países son débiles y la corrupción es un factor difícil de erradicar aunque las fuerzas armadas se han democratizado y hay menos riesgo de golpes de estado como antaño.

Algunos esperaban que se anunciara que América del Sur tomaría el camino que adoptó Europa, pero la región todavía está lejos de aquello. Los procesos de integración entre naciones son penosos y difíciles, llenos de obstáculos y vicisitudes, donde confluyen voluntades integradoras e intereses en conflicto (Sosa, Ferreti, 2007). Son procesos que pueden llevar siglos en consolidarse.

Por lo mismo, el componente cultural del proceso de integración es el que puede garantizar una perspectiva de larga duración. La propuesta de políticas culturales integradoras es una base para el desarrollo de América del Sur (Radl, 2000). La problemática identitaria contemporánea en el subcontinente dice relación con la definición de los rasgos culturales fundamentales que permiten definir al sub continente como una unidad política y cultural y por ello es un componente clave al momento de comprender los factores culturales en los procesos actuales de integración en el marco de la globalización creciente.

Hemos dicho en nuestro análisis teórico sobre identidad que se trata de una construcción social. El concepto de “América Latina” ha sido un concepto forjado por latinoamericanos y apropiado por los latinoamericanos, a pesar de la polémica que se lo atribuye a intelectuales franceses del siglo XIX. Se enarboló como lema de identidad (cuando no lo había), como factor de reconocimiento y de unión de una América del Sur dividida frente a los Estados Unidos de América. Los conceptos identitarios han de ser concebidos en forma dinámica, su fijación fundamentalista podría dañar u obstaculizar seriamente los procesos de integración sub-regional. América del Sur y sus procesos de integración necesitan una revisión de sus conceptos identitarios. Las fuentes latinas, indígenas, afro y otras de variada índole, las lenguas y religión, tradiciones, costumbres y la historia común pueden contribuir a afianzar los actuales procesos de construcción de la integración sudamericana y en especial a construir la UNASUR. Todo ello a condición de re-apropiarse de un sentido de identidad que en parte ya existe en el continente sudamericano y que en parte deberá construirse: **Latino-Sud-América**. Concepto que también debe comprenderse en forma dinámica y abierta hacia otros procesos de integración con el resto de América Latina, con Europa, con Norteamérica, con el Asia-Pacífico.

BIBLIOGRAFIA

AA.VV. (1997), “La identidad de América Latina y las perspectivas de la integración”, en **Tablero, Revista del Convenio Andrés Bello**, Año 21 N° 57, Noviembre, pp.33-66.

Alberdi, Juan Bautista (1852), **Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la Republica Argentina**, Alicante : Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001, Ed. Digital a partir de la edición de Francisco Cruz, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

Arciniegas, Germán (1990), “Hegel y la historia de América”, **Historia Crítica**, N°3, Enero-Junio 1990, pp. 119-125.

Bastida Muñoz, Mindahi C. (2001), **Quinientos años de resistencia: los pueblos indios de México en la actualidad**, México, UAEM.

Bengoa, José (2000), **La emergencia indígena en América Latina**, Santiago, FCE.

Bombassaro, Luiz Carlos et al (2003), **As Fontes do Humanismo Latino**, Porto Alegre, EDIPUCRS, Cassamarca.

Briceño-León, Roberto (2002), “Latin America, A Challenge for Sociology”, **Current Sociology**, Vol. 50, No. 1, pp. 9-18.

Castells, Manuel (1999), **La Era de la Información: Economía, Sociedad, Cultura. Vol II : El Poder de la Identidad**, México, Ed Siglo XXI.

De la Fuente, José (2005), “Literatura Latinoamericana”, en Ricardo Salas (coord.), **Pensamiento Crítico Latinoamericano**, Santiago, Ed. Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 601-616.

Devés, Eduardo (2005), “Identidad latinoamericana” en Ricardo Salas (coord.), **Pensamiento Crítico Latinoamericano**, Santiago, Ed. Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 551-560.

Devés, Eduardo (2004), **El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo III Hacia el 2000**, Buenos Aires, Biblos, Dibam.

Devés, Eduardo (2000), **El pensamiento latinoamericano en el siglo XX, Tomo I Del Ariel de Rodó a la CEPAL**, Buenos Aires, Biblos, Dibam.

Dussel, Enrique (1977), **Filosofía ética latinoamericana**. México, Ed EDICOL.

Estrade, Paul (1994), “Concepto de América Latina”, **Rábala**, N°13, pp. 79-82.

Geertz, Clifford, **A interpretação das culturas**, Río de Janeiro, Ed. Zahar, 1986.

Giddens, Anthony (2000), **Un Mundo Desbocado**, Madrid, Taurus.

Goldmann, Lucien (1978), **Epistemologie et philosophie politique**, Paris, Denoel Gonthier.

Hall, Stuart (1990), 'Cultural identity and diaspora', en Jonathan Rutherford (ed.), **Identity: Community, Culture, Difference**, London, Lawrence and Wishart, pp. 222-237.

Hammond, Philip (1999), **Cultural Identity and Ideology**, en <http://myweb.lsbu.ac.uk/philip-hammond/1999b.html>

Harris, Richard (2003), "Popular Resistance to Globalization and Neoliberalism in Latin America", **Journal of Developing Societies**, Vol. 19, No. 2-3, pp. 365-426.

Hungtington, Samuel P (1993), "The Clash of Civilizations?", **Foreign Affairs**, Summer, Vol 72, Number 3, pp.

Huntington, Samuel P.(1996), **The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order**, New York, Simon & Schuster.

Jaguaribe, Helio (2007), **América del Sur en el Siglo XXI**, Instituto de Estudios Políticos y Sociales, UNCU, Mendoza, Argentina, Conferencia el 3-10-2007.
http://www.imd.uncu.edu.ar/skins/www_imd/download/AMERICA%20DEL%20SUR%20EN%20EL%20SIGLO%20XXI.pdf

Jefes de Estado (2005), "Declaración sobre la Convergencia de los Procesos de Integración en América del Sur", **Primera Reunión de Jefes de Estado de la Comunidad Sudamericana de Naciones**, Brasilia, 30 de septiembre de 2005

Larraín, Jorge (1996), **Modernidad, Razón e Identidad en América Latina**, Santiago, Ed. Andrés Bello.

Larraín, Jorge (2005), **¿América Latina moderna? Globalización e identidad**, Santiago, LOM Ediciones.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti (Comps.). (1997). "La cultura en la argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural", Buenos Aires, **Oficina de Publicaciones del CBC**, UBA.

Marquinez Argote, Germán L y otros (1990), **El hombre latinoamericano y su mundo**, Bogotá, Nueva América.

Martí, José (1979), **Política de Nuestra América**, México, Siglo XXI.

Martí, José (1895), **Carta a Manuel Mercado**, Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, en http://es.wikisource.org/wiki/Carta_a_Manuel_Mercado

Mayobre, Eduardo (2007), “Introducción a América Latina a través de Jorge Guillermo Federico Hegel”, **Conciencia Activa**, N°18, pp. 49-76.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto (2005), ¿América latina o Sudamérica?, **Clarín**, Debate, 16.05.2005, en <http://www.clarin.com/diario/2005/05/16/opinion/o-01901.htm>

Montecinos, Sonia (2005), “Mestizaje”, en Ricardo Salas (coord.), **Pensamiento Crítico Latinoamericano**, Santiago, Ed. Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 655-662.

Morales U., Roberto (1999), “El caso chileno: la interculturalidad como espacio a construir”, en **La Investigación Acción Socioambiental: repaso de lecciones destiladas**, Cap. V. noviembre, en <http://168.96.200.17/ar/libros/paraguay/ceri/fogel1.doc>

Oro, Ari Pedro (Org.) (2004), **Representacoes Sociais e Humanismo Latino no Brasil Actual**, Porto Alegre, Ed. UFRGS, Fundación Cassamarca.

Parker, Cristián (1996a), **Otra lógica en América Latina, Religión Popular y Modernización capitalista**, Santiago, Ed. FCE.

Parker, Cristián (1996b) "Logocentrismo y crisis de la modernidad", **Revista Academia**, N°2, pp. 23-62.

Parker, Cristián (1996c) "Más sobre logocentrismo y la cultura latinoamericana", **Revista Academia**, Santiago, N°2, pp. 71-77.

Parker, Cristián (2004) “Sobre Política Exterior Iniciando el Siglo XXI”, **Revista de Sociología**, N°18, Universidad de Chile, pp. 149-157.

Parker, Cristián (2005a), “Cultura”, en Ricardo Salas (coord.), **Pensamiento Crítico Latinoamericano**, Santiago, Ed. Universidad Católica Silva Henríquez, pp. 79-100.

Parker, Cristián (2005b), “América Latina ya no es católica: pluralismo religioso y cultural creciente”, **América Latina Hoy**, N°41, U. de Salamanca, pp. 35-56

Parker, Cristián (2006) “Identidades e Interculturalidad en América Latina, Marco de Interpretación Dinámico” en Guillermo Fernández-Beret (ed), **Identidades abiertas: Entre la fijación fundamentalista y la pérdida de sentido**, Santiago, Instituto Pedro de Córdoba, pp. 51-102

Prandi, Reginaldo (2007), “As religiões e as culturas: Dinâmica religiosa na América Latina”, Conferencia Inaugural, **XIV Jornadas Sobre Alternativas Religiosas en América Latina**, Buenos Aires, 25 - 28 de septiembre.

Radl, Alejandra (2000), **La dimensión cultural, base para el desarrollo de América Latina y el Caribe: desde la solidaridad hacia la integración**, Buenos Aires, BID INTAL.

- Ribeiro, Darcy (1990), "El pueblo latinoamericano", en **Concilium**, N° 232.
- Rojas Mix, Miguel (1991), **Los Cien Nombres de América, eso que descubrió colón**, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Salas, Ricardo (2003), **Ética Intercultural, (Re) Lecturas del Pensamiento Latinoamericano**, Santiago, Ed. USCH.
- Sorokin, Pitrim (1962), **Sociedad, Cultura y personalidad**, Aguilar. Madrid.
- Sosa, Alberto J. y Maria Marta Ferretti (2007), "América del Sur: un breve balance sobre su proceso de integración", **AMESUR**, en <http://www.amersur.org.ar/Integ/Sosa0704-2.htm>
- Schutte, Ofelia (1993), **Cultural Identity and Social Liberation in Latin American Thought**, Albany, State University of New York Press, 1993.
- Sullivan E., Lawrence (1988), **Icanchu's Drum, An Orientation to Meaning in South American Religions**, New York, Macmillan.
- Torres Caicedo. José María (1857), "Las dos Américas", en **El Correo de Ultramar**, París, año 16, 15 de febrero de 1857 en <http://www.filosofia.org/hem/185/18570215.htm>
- Vilchez, Prísea (2004) "Los Acuerdos de Asociación: un reto común para la Unión Europea y la Comunidad Andina", en **Diplomado en Estudios Europeos y Relaciones Unión Europea/América Latina y El Caribe**, organizado por el Centro Latinoamericano para las Relaciones con Europa (CELARE) del 4 al 8 de octubre, en <http://www.comunidadandina.org/documentos.asp>
- Wagner, Allan (2004), **La Comunidad Sudamericana de Naciones: Un gran programa de desarrollo descentralizado**, Secretaria General de la Comunidad Andina, en <http://www.comunidadandina.org/documentos/docSG/Ayudamemoria8-12-04.htm>
- Wagner, Allan (2005), **Integración para el Desarrollo y la Globalización**, Lima, mayo, en página web de la CAN, <http://www.comunidadandina.org/prensa/discursos/integracionyglobalizacion.pdf>
- Zea, Leopoldo (1993), "Cultura occidental y culturas marginales", en David Sobrerilla (Ed.), **Filosofía de la Cultura**, Madrid, Trotta S.A., pp. 197-211.
- Zea, Leopoldo (ed.) (1986), **América Latina en sus ideas**, México-Paris, Siglo XXI, UNESCO.
- Zibechi, Raúl (2005), "El nuevo militarismo en América del Sur", **Informe especial, Programa de las Américas**, Silver City, NM, International Relations Center, 10 de mayo. http://www.americaspolicy.org/reports/2005/sp_0505militar.html